

«italiana se conmueve: los fuertes latidos del corazón se hacen sentir hasta las extremidades: desde la Calabria hasta Venecia y Turin resuenan entusiastas vítores al Papa y á la independencia italiana; en las asonadas el grito de los amotinados es *Viva Pio IX*, y el himno de Pio IX es su cántico de libertad.» (*Pio IX por Balmes*).

¿No es verdad que existe una semejanza sorprendente entre el advenimiento de Pio IX y el de Leon X? Á uno y otro el pueblo les saluda con extraordinario aplauso, porque en uno y otro vió un vehemente deseo y ansia de realizar cuanto antes *la remision de los cautivos, la apertura de los encarcelados y el año de reconciliacion con el Señor*.

Y si Pio IX es grande por haber sabido abrigar y plantear los humanitarios sentimientos de Leon X, no lo es menos por profesar y haber trabajado para alcanzar el triunfo de los principios políticos de Julio II. La independencia de la Italia, conveniente y necesaria para la libre accion de los Pontífices, fue el pensamiento dominante en el antecesor de Leon. La conducta de aquel eminente Papa dictó á Mr. Audin los siguientes juicios: «El proyecto que Julio II meditaba era rechazar á la otra parte de los Alpes á todos los extranjeros que desdeñosamente eran llamados bárbaros. «Se les acusaba de abrigar miras ambiciosas cerca el patri-
«monio de san Pedro; de arruinar y hasta ensangrentar las hermosas cercanías de Roma, asilo de las artes; y de retardar el movimiento intelectual dirigido por el Pontificado y que—á no habersele opuesto una fuerza extraña—de Roma se hubiera comunicado á toda la Italia, y de la Italia al mundo entero. Ávido de gloria, patriota entusiasta, soldado valeroso, obispo y capitán, Julio II pensaba, despues de realizada la redencion espiritual de la Italia, constituir de todos los Estados que habian recibido de Roma su primera libertad un reino bajo el cetro de un solo soberano; reino que la triple muralla de peñas, nieve y mar hubieran puesto al abrigo de toda invasion.»

Ya en aquel tiempo solo un soberano usaba un lenguaje digno y franco: Julio II repetidas veces decia que si trabajaba para arrojar á los franceses del país era solo para sal-

var la nacionalidad italiana; aquella nacionalidad era el objeto de sus dorados ensueños; ya en el lecho del dolor, presintiendo cercana su muerte, escribia á un cardenal, hermano suyo: «Sin duda no os explicais cómo en el poniente de mi vida me fatigo tanto; es que yo quisiera en la Italia, nuestra madre comun, un solo soberano, un solo rey, el Papa: mas comprendo que mis esfuerzos son inútiles; presiento que mi avanzada edad me impedirá hacer para la gloria de la Italia lo que mi corazón desea.»

Hé ahí la empresa de Julio II, hombre cuyo valor habia acrecentado en su juventud la carrera militar, que vió glorificada en sus hazañas de Umbria. Otro Papa, que tambien en su juventud se sintió inclinado á las armas, volvió á concebir con no menos empeñado propósito y laudable celo la idea de Julio II. Ya puede comprenderse que hablamos de Pio IX.

¿Qué se propuso este digno sucesor de Julio?

«¿Conceder á la época lo justo y conveniente, negándole lo injusto y dañoso; mejorar la condicion de los pueblos sin precipitarles á la anarquía; prevenir la revolucion por medio de la reforma, quitándole á la impiedad motivos ya que no es dable impedir que tome pretextos; privar de fuerza sus declamaciones, haciéndolas huecas por la absoluta falta de razon; cimentar un orden político y administrativo que se sostenga por sí propio, sin necesidad de bayonetas extranjeras; desarrollar en los Estados pontificios un espíritu público que los prepare para atravesar sin trastorno las profundas vicisitudes que ha de sufrir la Europa; hacer posible la duracion de la soberanía temporal de la Santa Sede, no obstante la transformacion de las ideas y costumbres de los pueblos; en una palabra, resolver para lo presente el problema que sus antecesores han resuelto cada cual para su tiempo respectivo; conservar la union de la supremacía espiritual con la soberanía temporal, es decir, una condicion que no podria faltar sin gravísimos inconvenientes para el ejercicio de la autoridad pontificia, y por consiguiente sin gravísimos males para la Iglesia universal?»

«Esta es la empresa de Pio IX...» (BALMES, *Pio IX*).
Es decir, la misma de Julio II; realizar la independencia de la Italia por medio de la completa libertad de Roma; emancipar para siempre el Pontificado de la tutela de sus dos poderosos vecinos; en fin, Pio IX como Julio II quiso alcanzar que el trono pontificio no estuviera ya mas crucificado entre los dos imperios, como JESUCRISTO lo estuvo entre el buen y el mal ladron.

Á Julio II no se le comprendió; tampoco se ha comprendido á Pio IX.

Sin embargo la historia verá á Pio IX levantado á la altura que merece por sus generosos sentimientos, al leer la brillante defensa, extendida por él mismo en la alocucion al consistorio de 29 de abril de 1848. ¡Quién puede meditar los siguientes periodos sin sentirse movido por la mas fina veneracion al *hombre pontífice* que así puede justificarse!

«Venerables hermanos, decia, mas de una vez hemos reprobado desde este lugar la audacia de algunos que no vacilaron en hacernos la injuria, y hacérsela por consiguiendo te á esta Silla apostólica, de suponer que nos habíamos desviado, y no en un solo punto, de los santísimos acuerdos y ejemplo de nuestros predecesores, y hasta ¡horroriza decirlo! hasta de la doctrina misma de la Iglesia. Pero ni aun faltan todavía hoy quienes de Nos hablan como si fuéramos los principales autores de las públicas conmociones que últimamente han ocurrido, no solo en varios puntos de Europa, sino hasta en la misma Italia. Especialmente en el Austria hemos sabido se propala allí entre el vulgo que el romano Pontífice, ya con exploradores enviados al efecto, ya por otros medios, habia excitado los pueblos de Italia á introducir esos nuevos cambios y mudanzas en las cosas públicas.

«Hemos sabido tambien que de aquí han tomado ocasion algunos enemigos de la religion católica para encender en el ánimo de los alemanes el fuego de la venganza, y separarlos de la unidad de esta Santa Sede...» «Y como estos detractores, no pudiendo presentar documento alguno en prueba de las maquinaciones que nos atribuyen, tratan de

«pintar como sospechosos los actos con que inauguramos el gobierno temporal de los Estados pontificios; por esto para quitarles este pretexto de sus calumnias, hemos resuelto explicar hoy clara y distintamente en vuestra presencia todos los motivos de esos hechos. No ignorais, venerables hermanos, que desde los últimos años del pontificado de nuestro predecesor Pio VII procuraron insinuar á la Silla apostólica los principales soberanos de Europa, que en la administracion civil se adoptase un sistema mas acomodado y conforme á los deseos de los seglares. Posteriormente, en el año 1831, se manifestaron mas clara y solemnemente estos sus deseos y consejos en aquel célebre memorandum que los Emperadores de Austria y de Rusia, y los Reyes de Francia, de Inglaterra y de Prusia estimaron conveniente presentar en Roma por medio de sus embajadores. En este escrito, pues, tratábase, ya entre otras cosas, de la instalacion en Roma de un Consejo de consultores de todas las provincias de los Estados pontificios, de la instauracion ó ampliacion de la ley de Ayuntamientos, del establecimiento de Consejos provinciales, de la introduccion de estas y otras instituciones en todas las provincias, y de abrir la puerta á los seglares para todos los cargos relativos á la administracion pública y á la de justicia; siendo de notar que especialmente estos dos últimos puntos se proponian como principios vitales del Gobierno. Tratóse tambien, entre otros escritos de los embajadores, de que se concediera mas ámplio perdon á todos ó casi todos los que en los Estados pontificios habian faltado á la fidelidad de su soberano.

«Además, sabido es de todos que parte de estas cosas las llevó ya á cabo nuestro antecesor Gregorio XVI, y que en sus edictos expedidos en el mismo año de 1831 prometió ejecutar algunas otras. Sin embargo, todavía no satisficieron completamente los deseos de los príncipes estos beneficios de nuestro predecesor, ni les parecieron bastantes para asegurar la pública tranquilidad y la prosperidad de todos los Estados temporales de la Santa Sede.

«Así, pues, tan luego como por los inescrutables juicios de Dios le sucedimos, sin ser excitados por exhortacion ó con-

«sejo de nadie, sino llevados de nuestro especial amor á los
«pueblos de los Estados temporales de la Iglesia, concedi-
«mos un perdon mas ámplio á los que habian faltado á la fi-
«delidad debida al Gobierno pontificio, y despues nos apre-
«suramos á establecer algunas cosas que juzgamos conve-
«nientes para la prosperidad de dichos pueblos, siendo por
«cierto enteramente conforme con lo que vivísimamente ha-
«bian deseado los soberanos de Europa, cuanto hicimos á
«los principios de nuestro pontificado.

«Y cuenta que llevadas que fueron á cabo con el auxilio
«de Dios nuestras determinaciones, fue tanta la alegría que
«causaron así en nuestros pueblos como en sus vecinos, y
«tales las públicas demostraciones de gratitud y enhora-
«buenas con que nos festejaban, que hubimos de esforzar-
«nos en hacer se contuviesen dentro sus debidos límites los
«clamores, plácemes y reuniones del pueblo que aun en es-
«ta ilustre ciudad llegaban hasta el exceso.

«Son además conocidas de todos, venerables hermanos, las
«palabras que en nuestra alocucion os dirigimos en el con-
«sistorio de 4 de octubre del año próximo pasado, con las que
«así recomendamos á los príncipes la paternal benignidad y
«generosa solicitud en favor de sus súbditos, como exhorta-
«mos nuevamente á estos á la debida fidelidad y obediencia
«á sus soberanos...»

Nada debemos añadir á tan genuina, noble y elocuente
expresion. Á los espíritus rastreros, á las pasiones políticas
que llevadas de mezquinas miras hicieron la oposicion al Su-
mo Pontífice que iba á realizar un pensamiento grande y sal-
vador, débeles quedar para siempre el remordimiento de ha-
ber juzgado mal al Pontífice que no comprendieron: *los bue-
nos*, que declarándose adversarios políticos del Papa, ataron
sus manos y afigieron su corazon, no tienen que hacer otra
cosa que abrir los ojos, mirar la triste situacion de la socie-
dad, y exclamar: *Dimos tambien nuestro martillazo contra
el porvenir del orden y de la monarquía.*

No lo dudamos, los políticos del porvenir reconocerán sin
ambages el genio y la prudencia de Pio IX.

Y ¿qué dirá la historia de su conducta religiosa? « Todos

«nuestros cuidados, dijo el mismo, todos nuestros pensamien-
«tos, todos nuestros anhelos van encaminados á que la reli-
«gion santísima de Cristo y su doctrina brille mas de dia en
«dia en todos los pueblos esparcidos por la faz de la tierra. »
En otro de los concienzudos períodos que contiene la alocu-
cion del 4 de octubre de 1847, y en la de 17 de diciembre del
mismo año, sin desviarse de su proverbial modestia manifes-
taba la sobreabundancia de su celo en estas expresivas pala-
bras: « Vengan, pues, á la coluna y firmamento de la verdad,
«que es la Iglesia, los que quieran salvarse; vengan á la ver-
«dadera Iglesia de Cristo, que en sus Obispos y en su supremo
«jefe el romano Pontífice tiene sin interrupcion alguna la
«sucesion de la autoridad apostólica; que nada miró jamás
«con tanto interés como el predicar, y guardar y defender
«por cuantos medios puede la doctrina anunciada de orden
«de JESUCRISTO por los Apóstoles; que desde el tiempo de
«estos fué en aumento venciendo todo género de dificulta-
«des; y que ilustre por el esplendor de sus milagros, am-
«plificada con la sangre de los Mártires, ennoblecida con las
«virtudes de los Confesores y Vírgenes, confirmada con el
«testimonio y sábios escritos de los Padres se extendió por
«todo el orbe, y subsiste en todos los puntos de la tierra, y
«brilla por la perfecta unidad de la fe, de los Sacramentos y
«de su sagrado régimen. Nos, pues, que, aunque indignos,
«estamos colocados en esta suprema cátedra del apóstol san
«Pedro, en la que Cristo Señor nuestro puso el fundamen-
«to de su Iglesia, no perdonaremos jamás trabajo y fatiga
«alguna á fin de atraer, mediante la gracia del mismo JESU-
«CRISTO, á este camino, único de la verdad y de la salvacion,
«á cuantos ignoran y yerran. Tengan, empero, presente
«nuestros adversarios, que si bien pasarán el cielo y la tier-
«ra, jamás faltará ni un ápice de las palabras de JESUCRIS-
«TO, ni se mudará en lo mas mínimo la doctrina que de Cris-
«to recibió la Iglesia para guardarla, defenderla y predi-
«carla. »

Conforme á estos principios, semejante á san Gregorio res-
tauró el Catolicismo en Inglaterra, estableciendo la jerar-
quía episcopal en aquel país contaminado y pervertido por

las herejias protestantes, como en tiempo del monje Agustín lo era por las hordas idólatras, que procedentes de Alemania, le inundaron.

« Nuevo Celestino I cábele el supremo honor de poner á los piés de María una nueva corona de gloria; decreta el mas excelso de los títulos con que puede saludarla la tierra.

¡Qué dirá, pues, la historia de la religiosidad de este Pontífice! No tememos, — lo decimos de corazon, — no tememos en esta parte la ingratitud de los hijos de la fe. El pontífice predilecto de María, el apóstol de los salvajes y el celador infatigable de los derechos de la Iglesia, tiene un nombre demasiado fervoroso para no ser respetado por las generaciones. Como de los pontífices mas acabados tipos de piedad puede de él decirse: « *Brilla como un lucero de la mañana en medio de la niebla, y como la luna llena en sus días;* » porque « *cuidó de su pueblo, y le libró de la perdición:* » de él se dirá: « *Fue sacerdote grande, el cual en su vida reparó la casa, y en sus días fortificó el templo.* »

Hoy Pro IX dirigiendo la nave de JESUCRISTO se parece al genio del mar que con una mirada le domina; tiene fe, y no olvida que á la Iglesia le son con razon dirigidas las palabras de Isaias: *No temas, porque no serás avergonzada ni sonrojada... los montes serán conmovidos, y los collados se estremecerán: mas Mi misericordia no se apartará jamás de ti, y la alianza de Mi paz no se moverá: dijo el Señor compadeciéndole.*

Pobrecilla, combatida de la tempestad, sin ningun consuelo. Mira que Yo pondré por orden tus piedras, y te cimentaré sobre zafiros.

Y serás cimentada en justicia; ponte lejos de la opresion, pues no temerás; y del espanto que no llegará á ti... todo instrumento que ha sido forjado contra tí, no tendrá buen suceso, juzgarás en juicio toda lengua, que se resista contra tí. (Isai. LIV). Y nada teme por la independenciam de su Iglesia, sabiendo que ha sido escrito: *Levántate, levántate y viste de tu fortaleza, Sion, viste de tu gloria, Jerusalem, ciudad del Santo; porque no volverá á pasar por tí incircunciso ni inmundo: sacúdete el polvo, levántate, siéntate, Jerusa-*

len, suelta las ataduras de tu cuello, cautiva hija de Sion.

Lee y entiende la palabra de Dios; de ahí que no vacile ni se incline á las intimidaciones de un poder malicioso. Mira lo pasado, y ve en él sembrados de trecho en trecho los fúnebres sepulcros de los grandes perseguidores. El desprecio les sostiene, y la ignominia los remata, y confirman esta prevision profética:

¡Ay de Assur, vara y baston de mi furor... porque dirá: «¿ Por ventura mis principes no son otros tantos reyes? «pues qué ¿no ha sido Calano como Charcamis, y como Arphad así Emath? pues qué ¿no ha sido Samaria como Damasco? Como ocupó mi mano los reinos de ídolos, así también los simulacros de los de Jerusalem y de Samaria.»

Y acaecerá cuando hubiere el Señor cumplido todas sus obras en el monte Sion y en Jerusalem, que hará pesquisa él sobre el fruto del orgulloso corazon del rey de Assur, y sobre la gloria de la altivez de sus ojos, porque dijo: Por el esfuerzo de mi mano hice esto, y con mi sabiduría lo alcancé, y quité los términos de los pueblos, y despojé á sus principes, destroné como poderoso á los que estaban en altura...

Por esto el Dominador, Señor de los ejércitos, enviará flaqueza sobre sus robustos: y arderá como quema de fuego encendido, bajo de su gloria.

Y estará la humbre de Israel en aquel fuego, y su santo en la llama: y serán encendidos y devorados los espinos de él y sus zarzas en un mismo día.

Por tanto, esto dice el Señor Dios de los ejércitos: Pueblo mio, morador de Sion, no temas de parte de Assur: te herirá con vara, y su baston alzará sobre tí en el camino de Egipto.

Porque aun un poco y un momento, y será consumado mi enojo, y mi furor sobre la maldad de ellos.

Y el Señor Dios de los ejércitos levantará el azote sobre él, conforme al estrago de Madian en la piedra de Oreb y segun su vara sobre el mar, y la alzará en el camino de Egipto.

Y acaecerá en aquel día: será quitada su carga de tu hombro, y su yugo de tu cuello, y el yugo se pudrirá por causa del aceite...

Hé aquí que el Dominador, Señor de los ejércitos, quebr-

rá la alcantarilla con espanto, y los altos de estatura serán cortados, y los sublimes abatidos.

Y las espesuras del bosque serán derribadas con hierro; y el Libano caerá con sus alturas. (Isai. x.)

¡Quién no esperará al oír el decidido lenguaje del Altísimo! En verdad la nación y el reino que á ti no sirviere, ó santa Iglesia, perecerá: y las naciones serán destruidas y desoladas... Y vendrán á ti encorvados los hijos de aquellos que te abatieron, y adorarán las huellas de tus piés todos los que te desacreditaban, y te llamarán la ciudad del Señor, la Sion del Santo de Israel.

Porque fuiste desamparada y aborrecida, y no había quien por tí pasase, te pondré por lozanía de los siglos, para gozo en generacion y generacion:

Y mamarás leche de las naciones, y estarás amamantada por el pecho de los reyes; y sabrás que yo soy el Señor tu Salvador y tu Redentor, el Fuerte de Jacob.

En lugar de cobre traeré oro, y por hierro traeré plata, y por leños cobre, y por piedras hierro: PONDRÉ EN TU GOBIERNO LA PAZ, Y EN TUS PRESIDENTES LA JUSTICIA.

Este es el programa del Señor: ¿faltará en lo mas mínimo su ejecucion? Hasta una *j* se cumplirá de lo que Dios dijo. El Pontífice lo sabe y espera.

¿Qué ha de temer? ¿puede dudar que el Pontificado es indefectible? No: al tomar sobre sí la dignidad suprema sabia que el martirio era el destino de los Papas: sabia que el Papa es el ángel de la paz, porque reasume en su corazon las amarguras de la guerra; sabia que cuanto mas eminente es un pontífice mas manifiesta se ve en él la realizacion de esta palabra: *El castigo para nuestra paz fue sobre él, y con sus llagas fuimos curados.*

JESUCRISTO dijo al Principe de los Apóstoles, primer pontífice: «*Sígueme.*» El camino del Pontificado es pues el camino de JESUCRISTO: y ¿dónde fué JESUCRISTO? al Egipto, carrera de amargura; al desierto, descanso de amargura; al huerto, oratorio de amargura; á Jerusalem, ciudad de amargura; al camino del Calvario, calle de amargura; hasta su cima, amargura de la amargura. De Pedro á Pio IX ¿qué

pontífice no ha libado la copa de la angustia en que bebió JESUCRISTO? Seria un contrasentido ver exento de persecuciones á un pontífice del Cristianismo, religion del dolor, puesta para ser *signum cui contradicetur.*

El mundo al ver humillado al Papa le reputa como leproso y le cree herido de Dios; mas él desde la angustia y desde el juicio se levanta en alto. Su generacion ¿quién la contará?

Es cierto, el Señor le hirió, pero fue á causa de la maldad de su pueblo, y en prueba, por sepultura le dará los impíos que se le opusieron.

Hé ahí el pontífice; hé ahí sus enemigos.

Cuando el porvenir volverá á lo presente sus investigadoras miradas para escudriñar nuestra fisonomía y destino, verá congregados en la oscuridad algunos hombres que, llamándose *redentores*, juegan á dados de astucia y diplomacia la paz y la fe de los pueblos. Verá como reunidos en majestuoso club muchos soberanos, —despues de haber rechazado á Dios de su corazon —tratan de repartirse entre sí lo que ellos llaman *los despojos de la divina heredad*: no se le escapa el eco de algunas voces que en acento de victoria escapan clamando: «Ya no hay trono de Cristo, ni derecho fuera de nuestro poder: ¡cómo hemos puesto á la hija del Eterno! ¿Es esta la Iglesia que no tenia mancha ni arruga? ¿Dónde está su hermosura y esbeltez? ¿Es ella la que dicen salvó tantos siglos? Salvó á los siglos, ¿y no se salva á sí misma?»

Y verá á los pueblos rociar con la sangre que chorrea de sus heridas los campos y las montañas de Oriente y de Occidente, y ocupados en vitorear *muriendo* á los que están ya en el anochecer de la víspera de su muerte.

Pero, al través de aquel tumulto de derechos, propiedades é injusticias, oirá esta voz grave é inflexible: Venid á mí los que estais cargados, y yo os aliviare. Y verá como al oír esta voz los tiranos —y los pueblos por ellos perdidos —se levantaron indignados: «El Pontificado se conjura contra nosotros, exclamaron, destruyámosle, citémosle á nuestro tribunal antes que los pueblos comprendan sus

«sentimientos de beneficencia: redoblemos las calumnias, ahoguemos sus protestas, confundámosle.»

Y verá como los ángeles malignos brindaron en los infiernos por sus amigos de la tierra, y como á favor de esta alianza Leviathan hizo estremecer los cimientos del trono temporal del sumo sacerdote, y como lo arrastró al tribunal de los prevaricadores. Y verá al gran Pontífice dirigirse con paso grave hácia sus enemigos, y oirá como algunos de ellos convertidos de repente al contacto de su sombra exclamaron:

¿Quién es este que viene de Edom y de Bosra con las vestiduras teñidas? este hermoso en su vestidura, que camina en la muchedumbre de la fortaleza?

Y oirá la voz del pontífice contestando: *Yo soy el que hablo justicia y el que combato para salvar... de las naciones no hay hombre alguno conmigo.* (Isai. LXIII).

EGO QUI LOQUOR JUSTITIAM, ET PROPUGNATOR SUM AD SALVANDUM... DE GENTIBUS NON EST VIR MECUM.

Hé ahí lo que la historia recordará de Pío IX.

Las proposiciones que tuvimos el inmerecido honor de desarrollar en las tres conferencias—habidas en Santa María del Mar, en el trídúo que se celebró á cargo de las corporaciones religiosas erigidas en aquella parroquial,—fueron la explanación de los principios emitidos.

Sabemos y declaramos que la causa del Pontificado no solo no necesitaba nuestra defensa, sino que ni siquiera de ella llevó la mas insignificante ventaja; nuestro intento no fue ilustrar un asunto tan bien ilustrado por los talentos mas eminentes del Cristianismo, sino demostrar que, aun los indigentes intelectuales tenían un corazón que amaba de veras la Santa Silla. El presente trabajo demuestra, pues, que si las ideas no abundan en nuestro entendimiento, la sangre sobra abunda en nuestro corazón; y que si el Papa no puede contar en nosotros con un nuevo sábio, con todo, si la necesitara

para el triunfo de la causa pontificia, no faltándonos la gracia, tendria en nuestra humilde persona una decidida *victima*.

Y como nuestra posición particular y las graves atenciones á que debemos hacer frente nos hayan impedido cumplir con nuestros deseos de apoyar materialmente al afligido Pontífice, á esta pública y sincera manifestación de nuestras convicciones tenemos el inefable gusto de añadir el ofrecimiento al Papa de todo el lucro que tal vez reporte la venta de este opúsculo.

Este es nuestro pobre óbolo.

¡Que el Ángel de la victoria abrace y no abandone á Pío IX. Amen.